NÚM. 39. Precio de la suscricion.—Madrid, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 23 DE SETIEMBRE DE 1860. Provincias.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—Cuba, Puerto-Rico y Estranjero, un año 7 pesos.—America y Asia, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.

Con la venida de las ferias y de las lluvias que á principios de la semana han ejercido su benéfico influjo sobre la salud pública han coincidido la llegada de la córte á las Baleares, la formacion del campamento de Torrejon, la visita del *emperador de los* franceses á la isla de Menorca y la marcha de los embajadores marroquíes.

Las ferias situadas como están los puestos este año donde estuvieron el año pasado, es decir, en el paseo de Atocha, tendrán poca animacion: seguramente la feria de Madrid ha concluido: asi lo ha querido la autoridad: no lo sentimos mucho, porque en esta capital todos los dias son de feria; nos lamentamos solamente de que no haya respetado por lo que tiene de antigua esa costumbre inocente de ocupar las calles y plazuelas durante unos dias con trastos, muebles y libros viejos, ya que se respetan tantas y tantas antigüedades que por ser dañosas deberian ya haber desaparecido.

Las lluvias han influido notablemente en el mejoramiento de la salud pública, aunque han incomodado bastante á las tropas establecidas en el campamento. Sin embargo, las comunicaciones que de allí publican los periódicos dicen que el soldado está satisfecho. Al principio ha habido sus dificultades asi para proveer de agua potable á los cuerpos como para que los oficiales pudieran atender á sus comidas. Pero despues todo ha ido entrando como suele decirse, en caja. Se han llevado las cubas del arbolado de Madrid y á cada batallon se le ha dado una para su servicio, mientras que por otro lado la administracion militar facilita leña á los oficiales al precio de contrata. Hay ademas una fonda donde se exigen 14 reales diarios por almuerzo y comida, lo cual no es muy satisfactorio para los oficiales subalternos. Un periódico asegura que en ella falta unos dias el pan y otros la sopa: lo cual quiere decir que el pan unos dias se moja en el caldo y otros no. Deseamos y esperamos que no tardarán en corregirse estos males.

La córte á la fecha de las últimas noticias estaba en las Baleares, es decir, en el mismo punto donde la dejamos en la anterior revista. No han llegado todavía á nuestras manos las cartas y periódicos que han de contener la detallada y minuciosa descripcion de las fiestas con que las autoridades y corporaciones de aquellas islas han solemnizado la llegada de las reales personas. Solo hemos visto un programa acompañado ó, mejor dicho, precedido de una alocucion del gobernador civil, pieza maestra de literatura oficial. Luego que veamos si se ha realizado el programa de los obsequios, pondremos los hechos con nuestra acostumbrada puntualidad en noticia de los lectores de El Museo.

Por hoy diremos que mientras la córte se hallaba en Mallorca llegó á Menorca procedente de Ayacio (Córcega) la escuadra francesa conduciendo al emperador y á su esposa. Estos ilustres viajeros preguntaban si se encontraba en la isla la reina de España; y como la respuesta fuese negativa, dejaron una carta para S. M., y con viento fresco hicieron rumbo á Argel. Ha dado mucho que hablar á los periódicos esta visita, hecha, digámoslo asi, cuando los visitados no estaban en casa; pero los órganos semi-oficiales han declarado que el gobierno no tenia el menor antecedente de que el emperador francés tratase de visitar á Mahon ni á la reina de España. El suceso parece que ha sido muy sencillo y natural: yendo de Córcega para Argel SS. MM. II. pasaron por Menorca y hubieron de decir: vamos á ver si está en Mahon S. M. C.; y como S. M. C. no estaba, SS. MM. II. dejaron tarjeta y siguieron adelante.

De las Baleares pasará la córte á Barcelona donde le esperan fiestas magníficas. Allí ha sido precedida por el general Prim á quien el pueblo barcelonés ha obsequiado con grande entusiasmo, viendo en él un continuador de las hazañas que dieron tanta gloria á los héroes catalanes. Para la capital de Cataluña fue un dia de fiesta universal el de la entrada de Prim, recibido con repetidas y grandes aclamaciones por entre arcos de triunfo y vistosas colgaduras. En el número de hoy damos la copia del arco triunfal que se levantó en su honor en la Plaza de la Constitucion.

El viaje de la córte á las Baleares y Barcelona, ha apresurado la colocacion del cable eléctrico submarino que pone en comunicacion aquellas islas con la península. Celebramos de todas veras esta gran mejora, gracias á la cual, podemos tener noticias instantáneas de tan importante provincia. ¿Cuándo se estenderá el mismo beneficio á las Canarias, que lo reclaman con no menos necesidad y urgencia y que tienen igual derecho á él como una de las provincias españolas?

Los embajadores marroquíes salieron el otro dia de Alicante para Tánger en un buque del Estado. Van muy satisfechos de las atenciones que las autoridades y el gobierno ha tenido con ellos. Entre otros regalos que han recibido, se cuentan magníficas camas de acero con colgaduras, obra primorosa de artistas españoles. En cuanto á negociaciones para evacuar á Tetuan, creese, ó por lo menos asi se dice, que no han establado ninguna; solamente han hecho indicaciones acerca de los apuros del erario marroquí y de la necesidad que tendrian de algun respiro para el pago del resto de la indemnizacion.

Las tropas sardas han invadido los Estados Romanos por las Marcas y la Umbria, y han derrotado en varios encuentros á las tropas pontificias. Los generales Fanti y Cialdini que las mandan, tratan de interponerse entre Ancona y las posiciones que ha tomado el general Lamoriciere con el grueso de su ejército, mientras que la escuadra de Victor Manuel aumentada con la de Nápoles se dirige á cercar por la parte del mar la ciudad. Es probable por consiguiente que cuando este número llegue á manos de los lectores, Ancona haya caido en poder de la escuadra ó del ejército sardo. Los periódicos insertan un largo manifiesto del conde de Cavour esplicando á la Europa los motivos y señalando los límites de la invasion que acaba de hacer el gobierno á cuyo frente se halla. Segun este manifiesto la causa de las perturbaciones de Italia ha estado siempre en la opresion ejercida por sus gobiernos; despues de la revolucion de Nápoles no era posible sostener el *statu quo* en las Marcas y la Umbria sin riesgo de que exasperada por las reacciones la revolucion se lanzase á estremos lamentables. El Piamonte seria responsable ante la Italia y ante la Europa si dejara que se estraviase el movimiento y ha preferido regularizarle concediendo á los habitantes de la Italia meridional la proteccion que le pedian para emitir libremente sus votos. Por lo demás las tropas de Victor Manuel no traspasarán los límites del distrito de Roma que será respetado; el conde de Cavour asegura que el Padre Santo nada tiene que temer, y aun se lisonjea de que libre Su Santidad de

malas influencias podrá y querrá ponerse otra vez como en 1848 á la cabeza del movimiento nacional italiano.

Este manifiesto está bien escrito; pero no basta á tranquilizar á los que temen la guerra. En el estranjero se sienten los vagos terrores que preceden siempre á los grandes acontecimientos; los negocios no siguen su curso natural; muchos se paralizan del todo, otros se suspenden. Afortunadamente pronto hemos de salir de crisis y de dudas.

El rey de Nápoles seguia en Gaeta á la fecha de los últimos partes (el 20); por supuesto, sin esperanza, á lo menos próxima; de recobrar su corona. No es probable que venga á España á pesar de los ofrecimientos un tanto *empressés* que le ha hecho el embajador de la reina de España señor Bermudez de Castro.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

LAMARTINE.

Era el año de 1820. A las magníficas campañas del Consulado y del Imperio habian sucedido tiempos bonancibles, y á las agitadas discusiones de las Constituyentes y la Convencion que cerraron el último período del siglo XVIII, reemplazaban las luchas solemnes de la tribuna que la Francia importó de la nacion inglesa. La monarquía habia resucitado con sus antiguas formas y los guardias de corps reemplazaban á la *vieja* guardia. No la ilustraban, como á aquella, cien batallas campales, ni cubrian su rostro honrosas cicatrices; pero la embellecía cierto aire aristocrático y el pundonor que suple á los antiguos servicios. Contaba en sus filas á la mayor parte de los jóvenes pertenecientes á familias realistas que, sin participar del fanatismo de sus padres, tributaban un culto racional al principio monárquico. Entre estos se distinguia Alfonso de Lamartine que tendria entonces unos veinte y ocho años. Al verlo pasear en el parque de Saint-Cloud, cubriendo con el casco aquella noble frente destinada á ceñir algun dia los laureles del orador y el poeta, se recordaban aquellos ilustres romanos, á quienes los campos de batalla preparaban para las mas brillantes glorias cívicas.

Ciceron es, entre los personajes antiguos, el que mas se parece á Lamartine. Ambos se distinguen por esa elevada elocuencia que les da un influjo decisivo en las asambleas populares; en ambos se encuentra ese raro patriotismo que todo lo pospone al engrandecimiento de su patria; uno y otro han consagrado su existencia al cultivo afanoso de la filosofía y de las letras. Ciceron no es poeta como Lamartine; pero este es un mero accidente de la forma. La prosa de Ciceron es una magnífica poesía, y en la poesía de Lamartine hay un fondo de filosofía sublime. Pero lo que mas asemeja á estos dos varones ilustres, es la índole especial de su carácter. En ambos se encuentra una indomable energía en los momentos supremos y en las grandes crisis de su patria. Los dos han contribuido á salvarla esponiendo su vida en los mas críticos momentos. Ciceron aterró á los conspiradores y deshizo el complot fraguado por Catilina. Lamartine contuvo las iras del pueblo y el desbordamiento de una inminente demagogia. Y no se reduce á esto la semejanza. Ciceron no basta á contener las tendencias de su época; á los pocos años de haber salvado la república se sentaba Augusto en el trono de los Césares. Napoleon III ocupa el trono imperial á los cinco años de haber salvado Lamartine la sociedad francesa... Ambos oradores tienen ademas otro punto de semejanza en la inocente vanidad que deslustra el fondo de su carácter. ¡Defecto pueril que compensan sobradamente las grandes cualidades de estos eminentes patricios!

Pero la justicia reclama una aclaracion. El carácter de Lamartine es mas entero y elevado; no contemporiza y transige con su conciencia como lastimosamente lo hizo el orador romano; no adula ni rinde culto á la fortuna, como Ciceron en sus deplorables vacilaciones, y, sino ha tenido ocasion, por la diferencia de los tiempos, de rescatar con un trágico fin sus debilidades, ha dado pruebas de noble resignacion en el voluntario retiro á que ha sabido condenarse. Lamartine, consagrado esclusivamente á las letras y viviendo del fruto de su trabajo, es á nuestros ojos mas digno de respeto que el presidente del gobierno provisional en 1848. Pero vengamos á su historia literaria.

Cuando Lamartine, en una noche de verano, montaba la guardia en las alamedas de Saint-Cloud, revolvia sin duda en su poética fantasía las sublimes ideas que han inmortalizado su nombre. Entonces fue cuando debieron brotar en su mente los bellos conceptos que han dado tanta fama á sus obras. Las *Meditaciones*, las *Armonías*, los mas ricos tesoros de su musa se acumulaban en su frente bajo el casco del soldado. En aquellos dias apareció su primer libro.

Las *Meditaciones poéticas* se publicaron por primera vez en 1820. El nombre de su autor era entonces desconocido: á los ocho dias llenaba con su fama la Francia. Su éxito igualó al del *Genio del Cristianismo* y fue como aquel una revolucion en la literatura. Destinado á consolar la afliccion, aplica un bálsamo reparador á las heridas del alma; hace verter lágrimas que desahogan el pecho, y reanima la fe en los corazones abatidos. Aquella poesía reune las mas opuestas condiciones: el entusiasmo y la razon, la devocion y el entusiasmo poético. Siendo en el fondo eminentemente cristiana, está distante de la inflexible austeridad de otras poesías de su género. Habla de la religion como del amor, poniéndola al alcance de las inteligencias vulgares; pinta el cielo, como Fenelon en su *Telémaco*, haciéndolo comprensible y simpático á los afectos del hombre; es, en suma, un libro que hace llorar, entretiene y eleva el alma, y ademas la fortalece é instruye.

La poesía era en aquellos tiempos profana. Horacio y Boileau servian á todos de modelo. Un poeta sentimental y religioso corria gran peligro de ser silbado. Pero Lamartine venció esta dificultad y logró imponer un nuevo género literario. Este es el privilegio del genio y el apostolado que le corresponde en la tierra.

Las *Meditaciones*, como todas las obras poéticas de Lamartine, están inspiradas por un profundo sentimiento religioso: la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, el amor á la soledad, los contrastes y contradicciones de la naturaleza humana, son los asuntos que sirven de tema á su musa y dan materia á sus bellísimos versos. Pascal le ha servido indudablemente de guia en la descripcion de las contradicciones del hombre; pero la prosa enérgica de este gran escritor está embellecida en Lamartine por los encantos del ritmo. Racine el hijo y los mas eminentes prosistas franceses habian escrito sobre la existencia de Dios y la inmortalidad del alma; pero Lamartine ha sabido dar novedad por el estilo á un asunto tan conocido y manejado. Aunque su imaginacion, un tanto vagabunda, no se distinga siempre por la precision y la lógica; aunque la frecuente repeticion de unas mismas ideas preste alguna vez á sus versos un color uniforme, del cual suele resultar cierta monotonía que jamás hallareis en Victor Hugo, su estilo es, en general, elegante, y abunda en imágenes y bellezas de primer órden.

Las circunstancias favorecieron á Lamartine en su primera aparicion sobre la escena literaria. A un imperio turbulento y belicoso habia reemplazado una monarquía sosegada; los ánimos, cansados del ruido y de la gloria, buscaban la tranquilidad y el reposo en las letras. Era esta época el imperio de Augusto bajo el influjo de los principios cristianos. Si entonces vemos aparecer á Virgilio y Horacio, ahora se admira á Chateaubriand y Lamartine. Pero nuestra época tenia diversas necesidades. La filosofía materialista habia terminado su carrera; las almas estaban hastiadas de incredulidad. La poesía materialista habia muerto con el abate Delille, y á la forma y color, que es el carácter distintivo del paganismo, debia reemplazar la pasion, y el alma de la poesía cristiana.

La epístola á Byron y la oda á un poeta portugués desterrado de su patria son á mi juicio las mas bellas de este primer opúsculo. La oda, sobre todo, contiene estrofas de singular belleza.

Ton sort ô Manoel, suivit la loi commune;
La muse t'enivra de precoces faveurs;
Tes jours furent tissus de gloire et d'infortune,
Et tu verses des pleurs!

Rougis plutôt, rougis d'envier au vulgaire
L'esteride repos dont son cœur est jaloux;
Les Dieux ont fait pour lui tous les biens de la terre;
Mais la lyre est á nous.

Les siecles sont á toi; le monde est ta patrie.
Quand nous ne sommes plus, notre ombre a des de autels,
Où le juste avenir prèpare à ton genie
Des honneurs immortels.

Ainsi l'aigle superbe au sejour du tonnerre
S'elance; et, soutenant son vol audacieux,
Semble dire aux mortels: Je suis nè sur la terrè,
Mais je vis dans les cieux.

Oui; la gloire t''attend; mais arrête et contemple
A quel prix on penetre dans ces parvis sacrès.
Vois; l'infortune, assise á la porte du temple,
En garde les degrès.

Ici, c' est le vieillard que l' ingrate Ionie
A vu de mers en mers promener ses malheurs;
Aveugle, il mendiait, au prix de son genie,
Un pain mouillè de pleurs.

Là, le Tasse, brulé d' une flamme fatale,
Expiant dans les fers sa gloire et son amour,
Quand il va recueillir la palme triomphale,
Descend au noir sejour.

Esta poesía es una de las mejores del autor por la belleza de las ideas y la esmerada construccion artística.

En 1829 vieron la luz pública las *Armonías poéticas*. Su publicacion tuvo lugar en el mes de mayo, y precedieron, con breve intervalo, á la caida del trono; pero la revolucion que echó abajo una dinastía no fue bastante poderosa para arrastrar las páginas de un libro. «No hay navíos en Cherburgo, dice un célebre crítico, para desterrar la poesía, ni en el Océano para deportarla á la isla de Elba.» Así es que las *Armonías* atravesaron aquella gran borrasca y llegaron á ser uno de los poemas mas populares de Francia.

¿Qué son las *Armonías*? — Oigámoslo de boca del autor mismo. — «Hé aquí cuatro libros de poesías escritas como han sido sentidas, sin lógica, sin enlace, sin transicion aparente; poesías reales y no fingidas, que no descubren tanto al poeta como al hombre mismo; revelacion íntima é involuntaria de sus impresiones de cada dia, páginas de la vida interior, inspiradas, por la tristeza, la alegría, la soledad ó el ruido, la desesperacion ó la esperanza, en sus horas de sequedad ó de entusiasmo, de aridez ó de poesía...» En efecto; este es el carácter de las *Armonías poéticas*.

A la caida de la dinastía, renunció Lamartine la embajada de Grecia y permaneció fiel á la desgracia. Pero emprendió el viaje por su cuenta y dotó al mundo de uno de sus mas bellos libros. «El *Viaje á Oriente* (dice un crítico célebre), es una melancólica contemplacion del viejo mundo oriental, que reune la poesía del corazon, las tristezas del espíritu, la esperanza de un alma nacida para el cielo, los profundos estudios del filósofo y las trascendentales predicciones del político. Todo se encuentra allí en su debido órden, segun el corazon y el alma del poeta. Su estilo es sencillo, elegante, sublime, segun lo piden el tiempo y las circunstancias.» Y sin embargo, la crítica ha dicho que no era un libro, tomando á la letra unas palabras del autor. «*En estas páginas no hallareis otra cosa que las impresiones fugaces y ligeras del viajero.*» — ¡Quién habria dicho á Lamartine que se habia de interpretar tan mal su modestia!

El *Viaje á Oriente* es un magnífico poema. No se puede leer este largo y penoso viaje sin esperimentar las mas profundas emociones de dolor y tristeza, sin tomar parte en las sensaciones del autor y acompañarlo en las vicisitudes de su alma. Ora escribe á la sombra de una palmera ó bajo las ruinas de un monumento destruido por los siglos; ora bajo una tienda azotada por el huracan al resplandor de una antorcha de resina; un dia en la celda de un convento maronita del Líbano; otro, entre las impresiones de los marineros, en una barquilla ó sobre la cubierta de un bergantin; en una palabra, aquel *album* de viaje es un traslado de la pasion, el placer, la esperanza ó el dolor que los ha dictado; es el alma del gran poeta en presencia de aquellas sublimes emociones; es el mundo oriental reflejándose en un clarísimo espejo. — ¿Hay nada tan bello como la compañía de un grande hombre en esos viajes clásicos que todos deseamos hacer en la vida? — ¿Quién no ha dicho mas de una vez? — «Si yo fuera príncipe, haria una peregrinacion á la Tierra Santa; visitaria aquellos sagrados lugares ilustrados por los mas sublimes misterios; veria con mis propios ojos la cuna y el sepulcro de Dios, las huellas de sus pasos, las piedras en que reposó su cabeza. ¡El Calvario! sublime teatro de su cruento sacrificio y de la gran redencion del género humano. — Pero estas cosas no caben tal vez en mi mente, vulgar y estrecha para abarcar tales impresiones; yo necesito del auxilio del genio; el genio solo es digno intérprete de tantas maravillas; yo deseo tener por compañeros de viaje á Chateaubriand ó Lamartine; ellos serán mis guias y maestros...» Pues bien, este deseo que forman todos los jóvenes se encuentra realizado con la lectura de sus obras; la de Lamartine lo satisface completamente. Tomemos por la mano á este viajero inspirado y procuremos seguir su poética correría.

Hace algunos años atravesó este mismo camino un grande hombre que llenaba ya el mundo con su fama; viajaba solo con un saco á la espalda y el báculo del peregrino en la mano. Este hombre era el autor de *Atala* y *René*; iba á pié y escribia al paso su poema de los *Mártires*. Lamartine viaja en un navío *suyo*, y lleva consigo á su mujer y sus hijos... ¿Qué importa esto? El mundo no se ocupa de pormenores; solo sabe que Chateaubriand y Lamartine han pasado por aquellos sitios...

De Chateaubriand nada diremos. ¿Quién no conoce sus magníficas páginas? ¿quién no ha llorado con aquella santa y poética emocion que han dictado al gran escritor sus grandilocuentes frases? Chateaubriand escribe como los apóstoles. Lamartine como el mas inspirado de los poetas. No hay autor alguno que en las manifestaciones de su genio obedezca tan ciegamente á los caprichos del instinto. Es el viajero poeta por escelencia. Ora se detiene á examinar artísticamente unas ruinas y os deleita é instruye con profundas observaciones; ora se introduce en la tienda de un árabe, y pasa una mañana entera fumando y charlando con su huésped; otras veces corre al encuentro de una linda muchacha para admirar sus gracias y describiros su belleza; otras contrae amistad estrecha con Ibrahim-bajá ó el sultan, y refiere sus interesantes conversaciones. En suma; la lectura del *Viaje á Oriente* equivale á el mismo viaje hecho con Lamartine, menos las penalidades y gastos, y con la ventaja de poder saborear sus delicias.

La prosa de Lamartine es superior á la mas encantadora poesía. ¡Qué naturalidad, qué gracia, qué nobleza en la diccion! ¡Cuánta abundancia y riqueza en las descripciones! ¡qué inagotable interés en la narracion de su asunto! Así es que en cualquiera de sus libros se encanta el lector y no puede interrumpir la lectura. Si describe un personaje histórico conocido, le da tal novedad que no os acordais de haberlo visto en otra parte. Si os pinta una escena de la revolucion francesa, os olvidais de cuanto sobre ella han dicho los demás autores. Los *Girondinos* y *las dos Restauraciones* os embelesan; las *Biografías* y los *Pasatiempos literarios* os arrebatan é instruyen; sus demás obras os producen igual efecto. Ningun autor

ha llegado á poseer en tan alto grado esa mágia del estilo. Ningun orador le iguala tampoco en elocuencia. ¿Qué mortal ha logrado reunir tantas perfecciones ni alcanzado la oportunidad de ponerlas todas en juego? Como poeta arrebata al mundo con su lira y hace recordar los prodigios de Orfeo; como orador eclipsa á Ciceron y Demóstenes, y ejerce en una gran revolucion la dictadura de la palabra. Como patricio es comparable con Arístides, y Caton mismo no le escede en virtudes cívicas. ¡Y es ademas bello, esforzado, elegante, en un siglo que se paga tanto de las formas! ¿Cómo se esplica su insuficiencia política? ¿A qué debemos achacar su gran caida?... En nuestro juicio, á sus mismas cualidades; al contraste de su virtud con el espíritu del siglo. El quiso inaugurar una era de concordia y de paz en una sociedad devorada por las discordias civiles; aspiró á establecer el reinado de la justicia y la virtud en tiempos dominados por el interés y las pasiones; quiso dar á las relaciones diplomáticas un carácter de sinceridad radicalmente opuesto á sus añejos hábitos. Soñó, en su noble y poética mente, un mundo que en nada se parecia al mundo real, y su bella utopía se disipó entre lagos de sangre. Al poeta han reemplazado los hombres de Estado. La filosofía ha cedido el paso al gubernamentalismo. Napoleon III se sienta en el trono de Francia y Lamartine está reducido á escribir libros. La Francia no habrá perdido en el cambio; pero las letras han tenido una ganancia inmensa.

RICARDO DE FEDERICO.

GAETA.

La ciudad de Gaeta parece destinada á ser el teatro en que se desenlace la última escena de la campaña emprendida por Garibaldi contra el rey de Nápoles: no es por tanto estraño que cuantos siguen con interés el curso de los acontecimientos que se verifican en Italia, fijen su atencion en la plaza en que se ha refugiado Francisco II, y calculen su importancia y condiciones de resistencia. En estas circunstancias, el MUSEO UNIVERSAL no cumpliria con los compromisos que tiene contraidos para con sus suscritores sino publicase una pequeña descripcion de Gaeta.

Forma esta ciudad una península bañada por el mar Tirreno. Está situada al pié de una montaña en la provincia llamada Tierra de Labor á doce leguas Noroeste de Capua, quince Noroeste de Nápoles y veinte y ocho Suroeste de Roma. Gaeta tiene grandes recuerdos históricos como puerto marítimo y como plaza de guerra de primera clase. Estrabon atribuye la fundacion de Gaeta á una colonia griega que viniendo de Samos se estableció allí despues de una larga navegacion, dándole el nombre de Caieta por la curba ó concabidad que presenta la costa. Virgilio nos dice que Gaeta tomó su nombre del de la nodriza de Eneas que murió allí. Sea de esto lo que quiera, esta ciudad llegó á adquirir grande importancia bajo el protectorado de Roma: en el siglo VII se hallaba bajo la dependencia de duques soberanos. Antiguas crónicas, hablando de la importancia de Gaeta, consignan que por los años de 1191 batia moneda y armaba buques. Hoy es capital de distrito y de canton de la provincia de Labor y residencia de un obispo sufraganeo del de Capua. Los arrabales de Borgo, Castellone y Mola, en el camino de Nápoles, mucho mas populosos que la ciudad, se dilatan por la costa á una distancia de media legua. La poblacion de la ciudad es de dos mil setecientos habitantes y la de sus anejos ó arrabales de nueve mil seiscientos cincuenta. Gaeta tiene una hermosa catedral cuya fundacion se atribuye al emperador Barbarroja, que fue por mucho tiempo visitada por los peregrinos. Este es el único monumento notable que posee si se esceptúa el sepulcro del condestable de Borbon, muerto en el asalto de Roma en 1528, monumento erigido en 1628 por el príncipe de Ascoli. Como plaza fuerte, Gaeta es, á no dudarlo, la llave del reino de Nápoles por la parte que mira á los Estados Romanos. Fortificada asi por su posicion ventajosa como por sus murallas, es imposible penetrar en su recinto sin sostener un sitio largo y regular. La fortaleza y sus fortificaciones, edificadas en su mayor parte sobre escarpadas rocas, fueron reconstruidas por Alfonso de Aragon en 1440 y aumentadas por el rey Fernando. El castillo es de forma cuadrada, muy alto y flanqueado por cuatro torreones que dominan la ciudad y sus ataques. La fortificaciones de la plaza que consisten en murallas, bastiones, reductos, se deben á Cárlos V, que dió siempre grande importancia á la conservacion de Gaeta. En la actualidad todas sus baterías, cuyo número pasa de cincuenta, son de grueso calibre; se halla bien abastecida y municionada, y puede mantener en su recinto mas de veinte mil hombres.

Es Gaeta célebre en la historia por los sitios que ha sostenido. El primero fue puesto por Alfonso V de Aragon, en 1433. Este asedio, mas que por sus consecuencias políticas, es notable por la moderacion y clemencia no muy usada en aquellos tiempos que manifestó el sitiador. Escaseaban los víveres en la plaza, y con el objeto de disminuir su consumo, se dispuso echar de ella á las mujeres, los ancianos y los niños; es decir, á todos los que en términos militares se llaman *bocas inútiles*. Aquella turba famélica de desterrados, abandonados á sus enemigos, conmovió el corazon de Alfonso V que los acogió en su campo haciéndoles partícipe de la racion de sus soldados.

El segundo sitio se verificó en 1707, y fue puesto por los austriacos que lo levantaron despues de tres meses de inútil asedio. En 1734 fue sitiada de nuevo Gaeta por las armas unidas de España, Francia y el Piamonte, á las órdenes del conde de Montemar. Cuatro meses duró el sitio, al cabo de los cuales la plaza se rindió por efecto de la desunion de los generales que en ella mandaban, que introdujo la indisciplina en las tropas. En 1799 fue Gaeta tomada por los franceses á las órdenes de Championnet, puede decirse sin espugnacion alguna.

Nadie ignora que Gaeta fue en 1849 asilo de Pio IX, y que dentro de sus muros se prepararon los trabajos para declarar dogma de la Iglesia el misterio de la Inmaculada.

LA IMPRENTA EN GALICIA.

Es comun creencia de los escritores gallegos, aun de aquellos que por su diligencia y sana perseverancia en buscar estas noticias, parecian estar mas lejos de semejante error, que la imprenta no entró en Galicia hasta el siglo XVI, cosa que á ser cierta, no daria gran idea del adelanto intelectual de estas cuatro provincias.

Pero como la verdad es otra, como Galicia tiene y puede contar entre sus glorias, la de haber conocido la imprenta en el mismo siglo en que este maravilloso invento empezó á difundirse en Europa, vamos á hacer una ligera historia de la imprenta en Galicia, por mas que la índole de este trabajo no nos permita estendernos lo que quisiéramos.

El obispo de Orense Muñoz de la Cueva fue el primero que dió, aunque errada, noticia de una edicion hecha en Galicia, asegurando *haber visto*, dice, un misal impreso en Monterrey en 1484, que llevaba al final el nombre del impresor y el del conde de dichos Estados que fue de los primeros que introdujeron la imprenta en España. El padre Mendez, corrigió el error poniendo la verdadera fecha que es la de 1494, y dando al mismo tiempo noticias mas detalladas del citado libro, cuyo título es como sigue:

«Missale impressum arte et expensis Gundisalvi Roderici de la Pasera et Johannis de Porres, sociorum cui finis datus Monti Regio D. D. Francisco de Zúñiga, dominante in eadem villa et comitatu anno MCCCCXCIIII, tertio nonas Februarii.»

Como se ve, pues, Galicia conoció la imprenta en el mismo año que Alcalá y Braga, y antes que Pamplona que la tuvo en 1496 y que Granada, Monserrat, Tarragona y Madrid, á cuyas ciudades no llegó hasta el 1499.

La época de decaimiento que atravesó este antiguo reino durante el período de la dominacion austriaca, el tener pocas ciudades populosas y el ser en fin Salamanca y Alcalá los dos centros científicos de España á donde concurria toda la parte occidental de la península fue causa de que la imprenta en Galicia no prosperase lo mismo que en aquellas dos ciudades. Sin embargo, segun el padre Florez, Vasco Diaz Tanco del Fregenal, imprimió en la ciudad de Orense y en 1544 las *Constituciones sinodales* de aquel obispado. Suena impresa despues en 1450 y en Mondoñedo la *Descripcion de Galicia* del licenciado Molina, edicion rarísima en letra tortis, que no hemos podido ver, ignorando por lo mismo el nombre del impresor, aunque creemos sea el mismo Agustin Paz que en 1553 publicó en aquella ciudad, y en letra tortis tambien, los *Coloquios satíricos* de Antonio de Torquemada.

Sin duda alguna un hijo de este impresor, ó algun pariente suyo llamado Luis Paz, debió trasladar su imprenta á Santiago, centro entonces del saber en Galicia, pues en 1601 suenan impresas en su casa unas *Constituciones sinodales de la iglesia de Santiago*, ignorando si habrá impreso tambien las *Constituciones de la Universidad de Santiago*, que llevan la fecha de 1602, pues carecia de portada el ejemplar que nosotros consultamos. Sucediendo lo mismo con la nueva edicion de dicha obra hecha en 1613, no sabemos si la haria el mismo Paz, ó si fue el nuevo impresor Pacheco, que ya en 1612 habia impreso la *Relacion de las exequias que hizo la Audiencia de la Coruña á doña Margarita de Austria*.

En 1628 suena ya en el mismo Santiago como impresor Juan Guixard de Leon, que imprimió la obra del doctor Mendez titulada de *Jubileo* y en 1631 una *Informacion* del padre Astorga. Desde entonces hasta 1700 viniéronse sucediendo diversas impresiones hechas en aquella ciudad, entre las cuales recordamos la de los *Páramos dirigidos al marqués de Viana* por Calasans, imprenta de J. del Canto, año de 1660, la que apareció en 1665 de las *Decisiones morales* del licenciado Manero, la del *Espejo seráfico* del padre Diaz, hecha en 1683, y la que cierra este período, que es una *Oracion fúnebre*, impresa en 1697, por Antonio Frayz, nombre célebre en los fastos de la imprenta galiciana por haber salido de sus prensas durante la mitad del siglo XVIII la mayor parte de las obras publicadas en Galicia.

Entrado el año de 1700 hallamos la obra del doctor Pallares, titulada *Historia de Nuestra Señora de los Ojos Grandes*, impresa entonces por Jacinto del Canto en la imprenta del doctor Frayz. En ella misma y por Francisco del Canto se imprimieron en 1706 los *Sermones de mision* del padre Boceta. En 1708, encontramos ya un nuevo impresor (1) Antonio Aldemunde, de cuyas prensas salieron en el citado año de 1708 un *Discurso moral* (anónimo), un folleto del doctor Varela, y el *Clarin de la fama* ó descripcion de unas fiestas reales celebradas en Orense. Siguió á Aldemunde A. Pedache, de cuya imprenta salieron en 1715 las *Fiestas compostelanas*. En 1723 aparece los *Divertimientos del pulpito* de Cerdido, que imprimió Frayz.—En 1726 imprime Aldemunde, el *Grano de Theologia moral* de Barbeito.—En 1728 Andres Frayz da á luz la obra de Ribóo á Seijas *La Barca mas prodigiosa*; Ignacio Guerra el segundo tomo de los *Anales de Galicia*, del doctor Huerta en 1736, segun las aprobaciones, pues en esta portada se omite el año de la impresion del libro, y Buenaventura Aguayo en 1747 las *Constituciones sinodales* del arzobispado de Saňtiago.—El mismo Andrés Frayz publicó en 1750 el tercer tomo del *Arbol cronológico* del padre Dominguez y en 1753 el *Método para formacion de tiempos* de Alvarez Sotelo.

De aquí en adelante solo una vez suena el nombre de Frayz y el de Aldemunde, aunque este último unido al de Aguayo, que es quien monopoliza la imprenta durante la segunda mitad del siglo XVIII.

Ignacio Aguayo y Aldemunde imprimieron en 1759 el *Arte de relojes* de Rio; Santiago Aguayo en 1765 la *Defensa del marqués de Valladares* por Alvarez Neira.—Sebastian Montero y Frayz en 1769 la *Vida de don Juan de San Clemente*, hermosa edicion en papel marquilla, y por último Ignacio Aguayo publicó en 1775 los *Estorbos y remedios* de Somoza, y en 1788 una *Memorias sobre lienzos* de Cemul Jove y el *Derecho práctico* del doctor Herbella, tambien hermosa edicion en papel marquilla.

El movimiento literario de Galicia estaba como se ve reducido á Santiago durante los pasados siglos; por eso no estrañamos no hallar noticia de otras impresiones hechas en las demás ciudades de Galicia. Para juzgar de esta verdad, será necesario que digamos que las demás ciudades enviaban á imprimir á Santiago ó Madrid; asi sucedió con la *Historia de Lugo* que se imprimió en Santiago, y con las Relaciones de fiestas, sucedidas en Orense y la Coruña.

Débese aquí en parte el desarrollo de la imprenta á algunas corporaciones, que la protegian; la de Frayz pertenecia á la Inquisicion, la de Guixard á la Universidad; no recordamos en este momento con seguridad, qué convento de Galicia sostenia á su vez una imprenta, y hasta el arsenal del Ferrol tuvo la suya en donde vieron la luz en 1804 la *Descripcion económica de Galicia* por Labrada, y en 1806 una obra de *Señales marítimas*, preciosa edicion con láminas, que en nada desmerece de las célebres de Ibarra.

De las demás ciudades de Galicia, no hemos visto un solo libro, y por lo mismo no podemos decir en qué año conocieron la imprenta, bastando decir que la Coruña, no la tuvo hasta 1806, en que la viuda é hijos de Riesgo publicaron un *Discurso* del prior Tavanera. Sin embargo, como este trabajo es hecho con apuntes recogidos por nosotros mismos y con diverso objeto que el del presente artículo, no dudamos que tendrá muchas faltas, que solo el tiempo, nuevos trabajos y lo que otras personas mas competentes que nosotros en esta materia sepan, podrán corregir dignamente.

M. MURGUIA.

ESCENAS Y COSTUMBRES MARITIMAS (2).

UN BUQUE POR DENTRO.—LA CÁMARA.

V.

Jamás buque alguno dió principio á la primera singladura bajo mejores auspicios que el *Relámpago*.

Verdad es que la tardanza del ex-administrador de salinas de Castropol habia demorado algun tanto su salida; pero una vez fuera de puntas, ni el capitan, ni ninguno de los individuos de la tripulacion se acordaban ya de la impaciencia que momentos antes les atormentaba.

El viento era fresco y favorable; el mar sembrado de esos pequeños copos de espuma que saltan y corren y se persiguen, á manera de ligeras y blancas cabretillas, y que anuncian en el mar cantábrico la existencia del Nordeste, no podia estar mas bello; el cielo y los horizontes se hallaban limpios y despejados por todas partes, y el bergantin, un tanto inclinado sobre el costado de estribor, hendia majestuosamente las inquietas olas, que salpicaban de espuma su gracioso tajamar y sus salientes muras, corriendo á un largo en vuelta del Noroeste para alejarse de la costa y poder gobernar en rumbo abierto y en popa asi que se hubiese perdido la tierra de vista, lo cual no debia tardar mucho tiempo en suceder, atendida la velocidad con que navegaba.

Mientras la gente de proa, terminadas ya todas sus

(1) Entiéndase que hablamos de Santiago.
(2) Véanse los números 3 y 4.

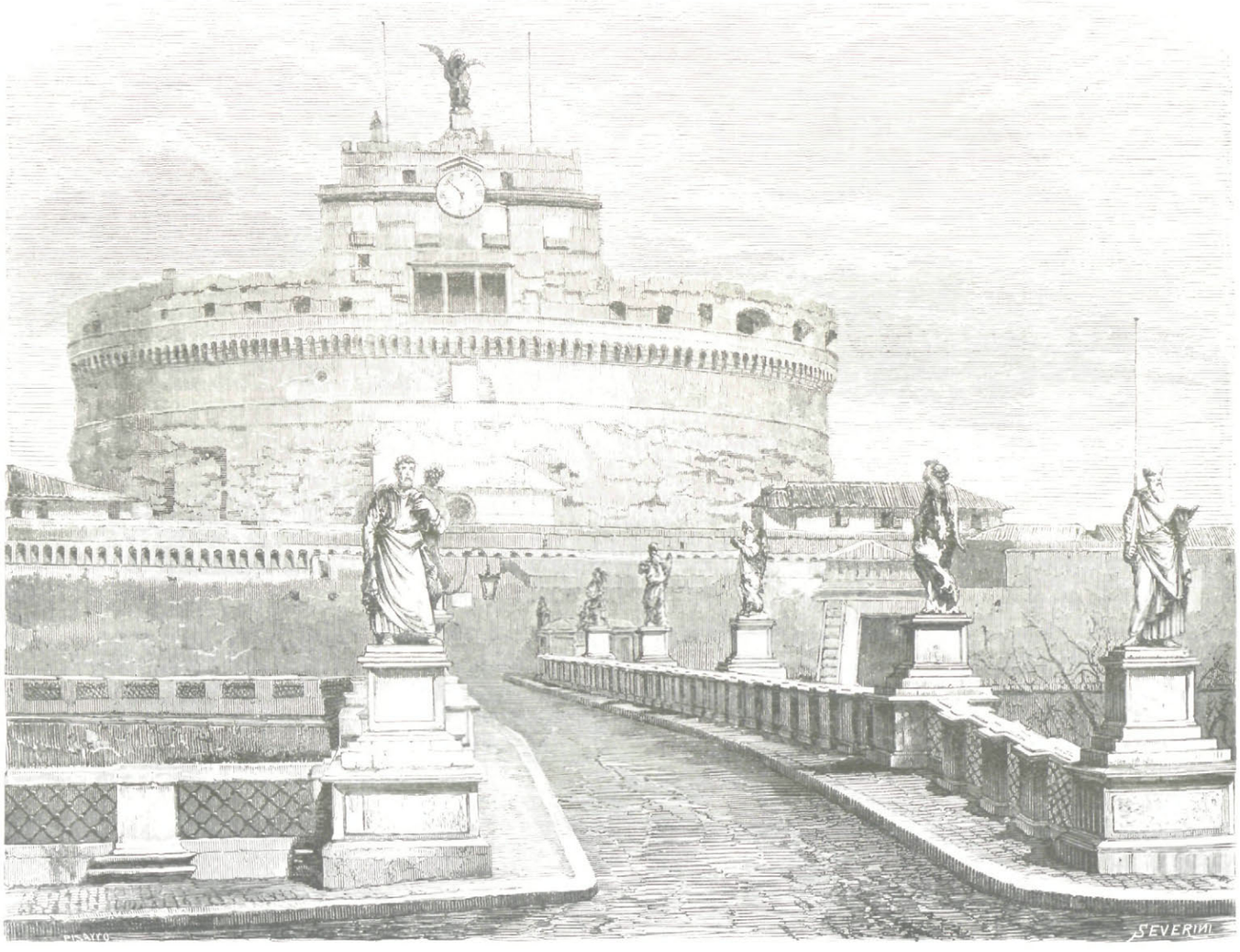
faenas y libre completamente de estorbos la cubierta, se entretenia en comentar bulliciosamente la *ligereza* y la *agilidad* sin igual de doña Pánfila, sazonando el recuerdo de la escena trágico-grotesca, que puso fin á nuestro artículo anterior, con dichos y ocurrencias picantes que arrancarian una sonrisa al mascaron de proa de un navío; en ponderar hasta una exageracion estremada lo abultado de la popa y lo firme de los cimientos de la buena señora, y en hacer resaltar la celosa agitacion de Argensola y el afan con que se apresuraba á sujetar el vestido de su carísima mitad para que los ojos profanos, á caza siempre de descuidos femeniles, no penetrasen mas allá de donde debian, el pequeño y flamante cocinero, el hijo querido de la sensible Adelaida, sentado á la puerta de la negra y reducidísima dependencia en que debia mandar desde entonces como soberano y en la que tendria que pasar la mayor parte del dia envuelto en una espesa y sofocante nube de humo, con la cabeza sumida entre ambas manos y siguiendo con su cuerpo todos los balances y cabezadas del buque, pensaba en su buena y cariñosa madre y lloraba, como ella lloraria tambien en aquellos momentos, si bien cuidando de ocultar sus lágrimas y de aparecer sereno cuando pasaba á su lado algun individuo de la tripulacion, por no servir de blanco á la risa y al sarcasmo del bullicioso equipaje del *Relámpago*. ¿Quién sabe si la imágen de la tierna niña que acababa de entrar abordo pasaba tambien por su inocente imaginacion?

El contramaestre Montevaro que contemplaba en silencio hacia unos momentos, arrimado al palo mayor y con muestras de marcada ternura, al niño que su amigo Cotarelo y la buena Adelaida habian confiado á sus cuidados y puesto bajo su inmediata proteccion, miró al sol que avanzaba rápidamente en su carrera, frunció sus negras y espesas cejas, y despues de vacilar unos instantes se acercó á Ceferino, le cogió cariñosamente por la barba y le obligó á levantar la cabeza.

—¡Estás llorando, voto á mil huracanes!—le dijo con mal fingida entereza.

El semblante del niño se cubrió de un vivo encarnado y sus ojos, medio enjutos ya, se humedecieron de nuevo y se fijaron anhelantes en el rudo marinero.

—¡No te avergüences, por San Telmo!—prosiguió este cada vez mas conmovido.—No te avergüences por San Telmo, y permita Dios que yo te vea llorar todos los viajes el dia que te separes de tu pobre madre, porque en eso demostrarás que la quieres, y el que quiere á su madre y llora y se entristece siempre que le vuelve la



CASTILLO DE SANT ANGIOLO EN ROMA.

popa, querrá tambien á su mujer, á sus hijos y á sus amigos y será un hombre de bien. Pero ¡qué diablo, muchacho! me parece que con tus lágrimas y con tus suspiros, por grandes y abundantes que sean y por bien que los adereces, no has de dar de comer á quince personas, capaces de trasbordar á sus estómagos la despensa del navío *Soberano*, si les cayera por la banda.

Lza ese cuerpo, ponte en rumbo cuanto antes, á pelar patatas, á limpiar el arroz y á remojar el bacalao, porque si dan las doce y no has preparado el rancho para la gente, y la comida de popa, no doy dos flechastes por tus costillas. La obligacion antes que todo.—

Ceferino se levantó, se limpió los ojos con su gorrito de lana, sacó del mar un balde de agua, llenó algunas cacerolas, sopló las hornillas con la boca para avivar el fuego, medio apagado ya, y se puso á preparar la comida, previas algunas instrucciones que recibió de su protector.

Dejémosle dentro del fogon cumpliendo con los deberes del cargo porque tanto habia suspirado y que tantas lágrimas ha de arrancar á sus ojos; pasemos al buque una revista minuciosa principiando por la cámara, y luego nos enteraremos de la salud de doña Pánfila que en tan mal estado dejamos al final de nuestro último capítulo. Queremos, ó nos proponemos al menos, dar á conocer al hombre de mar en todas sus fases y con la exactitud que nuestra escasa suficiencia nos permita, y no podríamos llevar debidamente á cabo este propósito si antes no hiciésemos una descripcion ligera de la vivienda en que pasa la mayor parte de sus horas luchando constantemente con los elementos, espuesto á mil peligros y sujeto á mil y mil privaciones.

Para aquellos de nuestros lectores que hayan tenido la dicha ó la desgracia de pasar algunos dias encerrados en la cámara de un buque mercante que sus armadores no destinan á la conducion de pasajeros, la descripcion de la del *Relámpago* estará por demás, porque harto presente tendrán la que hayan ocupado; pero como no todos los que empleen una parte de sus momentos de ocio en recorrer las columnas del Museo habrán pasado por aquel trance, nos dispensarán los primeros que tomemos á estos por la mano y les conduzcamos, sirviéndoles de *cicerone*, á la habitacion principal del bergantin, y les enteremos, siquiera sea ligeramente, del uso y destino de cuantos objetos encontremos en ella dignos por cualquier concepto de llamar nuestra atencion.

En uno de los costados de ese poliedro cuadrangular que se eleva dos piés próximamente sobre el resto de la cubierta hácia la popa del buque, que tiene próximamente dos varas de largo por una y media de ancho y cuya mitad se halla cerrada por cristales, está la entrada de la cámara, formada por dos puertecitas laterales y una parte de la cara superior del poliedro que, á manera de trampa y plegándose hácia atrás sobre sus goznes, permitirá que tomemos la escalera sin necesidad de encorbarnos.

Si hay entre las personas que nos acompañan alguna hermosa que forme demasiado empeño en ocultar á los ojos profanos sus piés, que suponemos mas diminutos que los de una china, el primer tercio de sus piernas, dignas seguramente de servir de modelo para una Venus, y los elegantes y caprichosos bordados de sus enaguas ó los acerados arcos de su miriñaque, le aconsejamos que permanezca sobre el puente, porque la escalera desciende en forma de espiral hasta el interior del aposento que nos proponemos visitar, en él se encuentran el capitan y el piloto, que no son ciegos por cierto, y el ex-administrador de salinas de Castropol, que si bien se impacienta cuando otros contemplan las pantorrillas de su querida doña Pánfila, no tendrá seguramente á cargo de conciencia el contemplar por un momento las vuestras, y porque, á mas de estas razones que deben pareceros de gran peso, los peldaños son estrechos y angulosos y pudiera suceder muy bien que, por cuidaros demasiado de los bajos, dieseis con vuestro cuerpo en la cámara antes de tiempo ó rompieseis el techo de la claraboya con vuestros graciosos y delicados sombreros ó con el tul de vuestras mantillas, por no calcular con exactitud la estension de la línea vertical en que podeis moveros sin peligro de vuestras cabezas y sin causar en el buque averías que sus armadores no verian con demasiado placer.

¿Os decidís con todo á bajar? corriente. No separeis la mano derecha ni por un momento de esa barandilla que sigue todas las ondulaciones de la escalera, recoged al-

VISTA DE GAETA.

gun tanto el vestido, inclinad ligeramente el cuerpo hácia adelante y bajad sin recelo.

Ya estamos en la cámara.

Si la puerta que la pone en contacto con la escalera se cierra y os deteneis á medir sus dimensiones, hallareis que tiene unos diez piés de largo, ocho de ancho y cinco próximamente de altura; y debo adverti-ros que los armadores del *Relámpago* anduvieron pródigos, muy pródigos de local, al destinar para morada del capitan y del piloto una parte tan considerable del buque.

Ese cuerpo, rodeado en parte de cristales, que se eleva dos piés escasos sobre el techo general y que permite que un hombre pueda estarse de pié y con el sombrero puesto en el corto espacio que cubre, es la claravoya que nos facilitó la entrada á las escaleras.

Cuando el mar se inquieta, que lo hace, sea dicho en honor de la verdad, con demasiada frecuencia; cuando el viento sopla con impetuosidad y las embravecidas olas, no contentas con azotar los costados del buque, saltan sobre el puente y se estrellan con violencia contra cuantos objetos se oponen á su avasalladora marcha, los cristales de esa claraboya desaparecen bajo puertas de madera, cubiertas á su vez con una manga de lona embreada, porque, á pesar de la gruesa red de alambre que los cubre, desaparecerian hechos pedazos por los golpes de mar, y la cámara se inundaría.

¿Os parece que en estos casos la morada del capitan se quedaría en tinieblas? no por cierto: esos dos círculos trasparentes que veis en el techo á los dos lados de la claraboya, son la base de dos emisferios macizos de cristal que tendrán próximamente seis pulgadas de rádio y que se hallan incrustados en la cubierta. La claridad que trasmiten no es muy grande, pero basta y sobra para distinguir los objetos, y en caso de necesidad no faltan faroles á bordo.

Esos cajones fijos y cerrados, de un pié de ancho y pié y medio precisamente de altura, que á manera de asientos se estienden lateralmente del uno al otro estremo de la cámara, se llaman los pañoles y en ellos se guardan y conservan la galleta ó bizcocho, los víveres secos, las banderas y algunos otros objetos. Roban, es verdad, dos piés de anchura á la parte inferior del aposento; pero sirven en cambio de sillas y sofá, por más que no esten demasiado blandos; y con tal que se hallen bien provistos ó *abarrotados*, como un marino os diria en su lenguaje, todo lo de más importa poco. En dos varas de espacio que quedan del uno al otro pañol bien puede un hombre pasearse y hasta darse á los diablos si las cosas no marchan á medida de su deseo. Mas estrechas son las sepulturas, y no se ha visto aun que ningun prójimo, una vez instalado en la suya, la haya abandonado por estrecha.

LAMARTINE.

Esos cuatro huecos apaisados abiertos en los dos lienzos laterales entre los pañoles y el techo, colocados dos á dos uno tras otro y cerrados con cortinillas de seda ó de percalina, son las entradas de otros tantos catres ó *literas*. En el primero de la derecha duerme el capitan y en el que se halla enfrente el piloto; los dos restantes inmediatos á la puerta y casi tocando con ella, se destinan á los pasajeros ó los ocupan el tercero, si el buque tiene necesidad de llevar dos pilotos, ó algun pilotin agregado que por deferencia de los armadores ó del capitan, lleva habitacion á popa.

Descorred las cortinas: el catre es un verdadero cajon en cuyo fondo se tienden un par de colchones y en el cual es preciso entrar de costado y con un poquillo de tino, si es que los sesos no han de ponerse en inmediato contacto con el borde superior de la entrada cuya anchura apenas llega, como veis, á dos piés. Una vez dentro el que le ocupe, no podrá estirarse á su placer ni moverse hácia los lados con demasiada prontitud sin peligro de aplastarse las narices ó las orejas contra las tablas que le limitan; pero en cambio si se incorpora, hasta el punto de levantar la cabeza un pié sobre las almohadas, podrá dejarse los sesos pegados en el techo. Pedir á bordo mas

ventajas, seria una solemne golleria, un esceso de sibaritismo verdaderamente reprensible.

Esos rollos de papel marquilla, esos cilindros cubiertos de bayeta ó de piel, esas cajitas casi triangulares, esas pequeñas jaulas de madera en forma de devanador que encierran dos pequeños conos de cristal enlazados por sus vértices que veis colgados en el techo y en las paredes interiores de las literas ocupadas por el capitan y su segundo son los planos ó cartas náuticas: los anteojos, los octantes ó sestantes, y las ampolletas ó relojes de arena, útiles ó instrumentos todos propios de la facultad y cuyo uso especial no puedo detenerme á esplicaros, pero con ausilio de los cuales dirige el marino su buque por medio de la inmensidad del Océano, sin caminos ni señales que puedan guiarle en su derrota y sin ver en torno suyo mas que cielo y agua á todas horas, con la misma seguridad, con el mismo acierto con que un cochero dirige su carruaje al través de las calles y plazuelas de una ciudad conocida.

En esos instrumentos van encerradas, digámoslo asi, la seguridad del buque y las vidas de su tripulacion, y no es estraño por lo mismo que los encargados de velar por tan caros objetos los coloquen dentro de su camarote: los objetos preciosos y queridos cuanto mas cerca mejor.

¿Mirais esa porcion de animalitos que corren por el interior de las literas y entran y salen por todas las rendijas como Pedro por su casa y se pasean tranquilos por las almohadas, por las sobrecamas, por los rollos de papel y por los instrumentos? Son polillas, cucarachas, cinifes y otros bichos por el estilo que, condolidos de la soledad en que el pobre marinero pasa sus dias y sus noches á bordo, se reunen á centenares ansiosos de hacerle compañia, de entretener sus ocios y de conservar en un estado admirable sus pantalones, sus gabanes, sus libros, sus planos y sus papeles. El buque salió hace poco tiempo del astillero y el número de estos buenos y caritativos animalitos es aun bastante reducido; pero aguardad á que corran un par de años, dejadle que haga un viaje á las Antillas, venid á dormir despues á uno de estos catres y vereis qué noche tan deliciosa pasais en él.

¡Paso señores á ese habitante obligado de los buques!... No hay que asustarse, ni gritar, ni correr ofuscadas, mis hermosas y sensibles lectoras; es una pobre é inofensiva rata que viene á tomar razon de la cantidad y calidad de los víveres encerrados en los pañoles y á dar una vuelta por las alhacenas y por la Santa Bárbara. ¿Os parece demasiado grande y atrevida? asi es; pero en cambio no habrá mas que una docena de centenares en el buque y se las encuentra en el camarote de proa, en la bodega, en la cámara, en los depósitos de víveres, en todas partes, en fin, y hacen su nido entre los forros del buque y se entretienen en disminuir á trechos la densidad de las tablas que forman los costados; pero en cuanto sienten á media pulgada de sus hocicos el frio y la humedad de las aguas esteriores, viran por redondo y á roer á otra parte.

Estos animalitos tiene una decidida aficion á los viajes marítimos; mas ¿ponerse en inmediato contacto con el mar? todo menos esto; no hay cuidado que una embarcacion se cuele por ojo á consecuencia de *rumbos* ó agujeros que las ratas hayan abierto por completo en sus costados; en cambio, tienen tal habilidad para afinar las tablas por la parte interior, que al menor choque, á la embestida mas insignificante ¡á Dios de mi navío!

¿Cómo entran á bordo, preguntais? perfectamente; aprovechándose de su agilidad gimnástica y en medio de la oscuridad de la noche, y aun durante el dia cuando ven que no hay en la playa ningun agente de seguridad naval que pueda exigirles la cédula de vecindad ni marineros sobre cubierta que les pidan el pasaje, suben por los cables que el buque tiene dados en tierra, saltan sobre el puente y se acomodan á bordo donde mejor les parece. Tambien suelen entrar ocultas entre la leña.

Cuando su número aumenta hasta el punto de comprometer la existencia del buque ó la integridad de su cargamento, se da un humazo en la bodega, se cierran herméticamente las escotillas, los buenos animalillos mueren asfixiados á centenares, se arrojan sus cadáveres al mar, y hasta otra.

Esa tabla de cuatro á cinco piés de largo por tres de ancho que en este momento pende de sus goznes en el lienzo principal de la cámara, es la única mesa de que se hace uso para toda clase de servicios. Cuando se la quiere poner en estado de ser utilizada, se la suspende hasta que queda horizontal, se fijan en el suelo las puntas de dos barillas de hierro sujetas en sus dos ángulos libres, y al avio. Si son dos las personas que han de comer ó trabajar en ella, los pañoles les sirven de asiento, y hasta pueden colocarse cuatro, sentadas dos á dos por cada lado; pero en pasando de este número, se arriman una ó mas sillas de tijera con los asientos de lona de las que habrá por ahí arrinconadas.

Abrid esa alhacenita que está encima de la mesa y cuya puerta forma parte de ese lienzo de la cámara: un tintero de cristal, incrustado en medio pié cúbico de corcho relleno en parte de plomo para que las cabezadas y balanceos del buque no le arrojen al suelo tan facilmente; una ó dos brújulas de repuesto, algunos papeles, unos cuantos libros, que os aconsejo, hermosas mias, mireis solo por el forro porque de seguro no habrá entre ellos un par de devocionarios, dos cajitas-espejos pertenecientes al capitan y al piloto, cepillos para limpiar la ropa y el calzado, navajas de afeitar, dos ó tres tarros de pomada, un pequeño botiquin cuyos medicamentos se emplean por lo regular á la buena de Dios y algunas otras bagatelas.

Ese cuadro que oculta mucha parte de la puerta de la alhacena es una imágen de Santa Filomena... ¿Os sonreis? los marineros, queridas mias, juran, maldicen y blasfeman que es una maravilla; pero en los momentos de verdadero peligro se acuerdan de los santos y rezan y suplican y hacen ofrendas, como tendremos ocasion de verlo en el trascurso de este desaliñado trabajo. Los dos cuadros laterales, que hacen compañia á la santa, son un plano general de pabellones nacionales y un cuadro de las banderas de matrícula de todas las provincias marítimas de España, sin los cuales ningun buque puede ni debe darse á la vela.

Abriremos ahora esas dos alhacenas mayores situadas al uno y otro lado de la puerta frente á la mesa. En la una, armas blancas y de fuego, hachas y algunos instrumentos de calafate de uso ordinario en el buque; en la otra, el servicio de mesa, algunas botellas de rom de Ginebra, de aguardiente blanco, de vino de Málaga y comun, un par de quesos de bola, dos ó tres piruleras de aceitunas, varios trozos de salchichon, un cajon de pasas y algunas otras golosinas. Son en resúmen el armero y la despensa de la cámara.

¿Os hace titeres esa trampa que se halla bajo vuestros piés en medio del pavimento? Es la puerta de la Santa Bárbara.

No huyais con tal precipitacion, hermosas mias: aunque encendiéseis sobre esa trampa una hoguera, no correriamos el menor peligro. En los buques de guerra es otra cosa; la oscura cavidad cuya entrada cierra esa puerta horizontal se halla en ellos *aborratada* de barriles de pólvora, de proyectiles y de materias inflamables, y una sola chispa desprendida del fuego de un cigarro podria hacer que el buque y cuantos en él estamos hiciésemos un viaje aéreo convertidos en pavesas; pero en los mercantes, la Santa Bárbara no tiene de terrible mas que el nombre: unos cuantos barriles de aguardiente, de vino, de aceite, de grasa y de alquitran, algunos víveres embalados ó encajonados, media docena de panales de sebo en forma de ruedas de molino, algunos rollos de filastica para componer los aparejos, estopa para calafatear los costados y la cubierta en caso de necesidad, quizás algunas cajas ó fardos del cargamento que no han podido acomodarse bien en la bodega, y una parte de los equipajes de la gente de popa y de los pasajeros; hé aquí lo único que encontrariais si bajáseis á ella.

Si hay por casualidad algun barrilito de pólvora será tan pequeño y se hallará puesto tan á buen recaudo, que podriais bajar sin zozobra hasta con una luz en la mano; pero como al fin el buque es de madera y todo ó la mayor parte de lo que en la Santa Bárbara se encierra arde ó se inflama sin gran dificultad, podeis serviros, por precaucion, de esos farolitos de talco colgados en una de las literas inmediatas á la puerta, colocad dentro la luz, y á descender cuando bien os parezca.

Pero no bajeis; esa cavidad se halla demasiado trasteada; el sebo y el alquitran no se han hecho para quitar manchas, y no hay mas escalera que un pié derecho en el cual se han clavado de trecho en trecho algunos taquitos de madera para apoyar en ellos los piés.

Ya habeis visto la cámara del *Relámpago* que es, con cortísimas variantes, igual á todas las cámaras de los buques dedicados al comercio que tengan próximamente el mismo porte. Habrá quizás algunas mas espaciosas y mejor adornadas, pero las mas son peores, muchísimo peores en todos conceptos.

Por la noche una lámpara, encerrada en uno de los frentes de la claraboya y que sirve á la vez en la mayor parte de las embarcaciones de mediano porte para iluminar la brújula, comunica claridad al aposento.

Pero advierto queridas mias que vuestras mejillas pierden por instantes la tersura y el color sonrosado que las hermoseaba cuando bajamos á la cámara y vuestros ojos el fuego y el brillo que les prestaban animacion. ¿Bostezais? ¡malo! ¡malísimo! el mareo está llamando á vuestras puertas. ¡Sobre cubierta! ¡sobre cubierta al instante! allí respiraremos un aire purísimo, la frescura del mar templará el ardor de vuestras sienes y la quietud el movimiento que está á punto de pronunciarse en vuestros estómagos; descansaremos unos momentos y cuando os hayais tranquilizado completamente, continuaremos visitando el *Relámpago*.

El brazo, y sobre cubierta.

EL CAPITAN BOMBARDA.

CASTILLO DE SANT ANGIOLO.

Uno de los mas notables monumentos que admira el viajero en la ciudad de Roma, es sin disputa el llamado *Castel S. Angiolo*, cuyos recuerdos históricos le hacen doblemente interesante.

Situado al pié del puente que lleva aquel nombre, y que antiguamente se llamaba *Elio* por haber sido edificado cerca del lugar en donde se hallaba el sepulcro de Elio Adriano, se levanta la pesada mole de aquella fortaleza á donde se retiró durante el saqueo de Roma por los españoles, el papa Clemente VII, con los cardenales, sus familiares y el general Rienzo, que tan mal habia sabido defender la ciudad eterna, de aquel ataque que dirigió el condestable de Borbon al frente de un ejército cristiano.

Este castillo está edificado, ó mejor dicho, fue primero la soberbia mole llamada de Adriano, levantada por este emperador á orillas del rio, y á imitacion del mausoleo de Augusto, para que á su vez sirviese á aquel emperador de sepulcro, donde reposasen dignamente sus cenizas.

De sepultura le sirvió en efecto durante algun tiempo; pero el hombre, cuya mano derrumba imperios, y deshace las cosas, al parecer mas eternas, no debia pararse ante tan pequeño obstáculo. Un sepulcro por mas que encierre las cenizas de un emperador, no es bastante para detener al hombre en sus proyectos. Belisario necesitó hacer de un mausoleo un castillo, y fortificó el mausoleo.

¿Qué dejan en pié las guerras? En uno de los asaltos de Roma, por los godos, los defensores de la ciudad eterna, arrojaron contra los enemigos las mejores estátuas que adornaban el sepulcro de Elio Adriano, consumando de este modo la triste obra de destruccion que está encomendada á los siglos, y que pocas veces se les permite llevar á cabo porque se le anticipa el hombre.

Los papas que despues de Pipino habian quedado señores de Roma, empezaron á fortificarle, y el primero que hizo de él una ciudadela, fue Bonifacio IX, ampliándola los demás sumos pontífices que le siguieron, entre ellos Nicolás V, Alejandro VI, Pio IV que lo fortificó de una manera notable, y por último Urbano VIII que lo mejoró y proveyó de nuevos baluartes, terraplenes, fosos, y de toda clase de armas y municiones, quedando de este modo convertido en la mejor fortaleza de Roma.

A pesar de que la guerra se aviene mal con las bellas artes, Roma, que en todo era artista, revistió al castillo con todas las galas del arte italiano, y aquellos patios, y aquellas salas en donde debian resonar en caso dado los gritos de alarma y el ruido de los combates, se vieron muy pronto adornados y enriquecidos con las maravillas de la pintura y de la escultura.

Allí Rafael de Montelupo nos dejó sus hermosos estucos, y Girolamo Siciolante de Sermoneta sus preciosas pinturas; Pierino del Vaga llenó con notables composiciones históricas, una de las principales salas á la que Clemente XI mandó echar un magnífico pavimento de mármol, y otros artistas siguieron pintando con arreglo á los cartones que aquel habia dejado; y en las demás pintó asimismo el citado Pierino y demás ilustres artistas de su época y siguientes, entre los que se cuenta Julio Romano, el dichoso maestro del divino Rafael.

Entre las esculturas sobresalian un busto en mármol de Antonino Pio y otro de Pallade, ó segun otros de Roma.

Como castillo destinado á la defensa de la ciudad, su numerosa y riquísima armería era notable, en aquellos tiempos en que la fortaleza de Sant Angiolo servia en efecto de baluarte y defensa, no solo de la ciudad eterna, sino tambien del sumo pontífice.

Pero asi como guardaba en dicha armería las armas materiales, asi guardaba tambien en su archivo secreto los originales de las bulas mas notables, esas armas espirituales, con las cuales sujetó un tiempo el mundo el sucesor de San Pedro.

En el mismo archivo secreto, se guardaron largos años multitud de preciosos manuscritos, y entre ellos los originales de algunos concilios, entre los cuales se contaba el de Trento, aquel célebre concilio, cuyas difiniciones dogmáticas rigen en nuestra Iglesia.

La sala del Tesoro fue hecha por Sisto V y en el *Tiregni Pontifici* se guardaron las alhajas de mas valor.

Esta fortaleza destinada á servir de amparo y defensa no solo de la ciudad de Roma, sino para asilo del sumo pontífice, se unia por medio de una arcada mandada fabricar por Alejandro VI, con el palacio del Vaticano. En un momento dado, pues, cuando el peligro fuese tal que el papa no pudiese residir con seguridad en su sagrado palacio, allí estaba el castillo, con sus fosos, con sus terraplenes, con sus muros de defensa, para prestarle un asilo mas seguro que el Vaticano. Por eso Urbano VIII prosiguió la obra de Alejandro VI, y puesto que se trataba de la seguridad del papa, mandó que dicha arcada se cubriese con un techo, mandó levantar y reparar los arcos caidos ó próximos á caer, y aun dispuso separarlo de las casas para mayor seguridad.

En medio del castillo se levanta un pequeño templo, á quien por su elevacion llamaron *Inter nubes*, que esta dedicado á San Miguel Arcangel *despues de su aparicion*, dicen los escritores romanos, *en el monte Gárgano en tiempo del pontífice San Gelasio*.

Se llamó á esta fortaleza, castillo de *Sant Angiolo*, porque en el año 593 dicen se vió allí un angel que guardando la desnuda espada, pareció indicar que debia cesar la peste que entonces afligia á Roma, ó mejor como opinan otros por la estatua en mármol de gran tamaño que representaba un angel, y que fue esculpida por Rafael da Monte Lupo, siendo despues sustituida por otra mayor todavía hecha en bronce, obra de Francisco Giardini, segun el modelo del flamenco Pedro Verchafselt.

Tambien fue conocida dicha fortaleza con el nombre de castillo de la *Roca* ó *Torre de Crescenzio* hácia los

años de 983, por haberla ocupado y agrandado notablemente su fábrica un tal Crescenzio Nomentano.

Antes de llegar á este castillo hay que pasar el puente llamado antiguamente de Elio y hoy del Angel, lleno en otro tiempo de multitud de preciosísimas estátuas, y que á la entrada de Cárlos V en Roma, fue adornado con catorce estátuas en barro, hechas por el escultor Rafael, estátuas reputadas por bellísimas, y que dieron ocasion al Bernini para hacer las que aun se ven hoy dia y que se levantan sobre los antepechos del puente.

Cuanto servicio prestaba al papa en los tiempos de guerra, se conoce bien cuando se lee la relacion del asalto y saqueo de Roma por las tropas españolas que mandaba el condestable de Borbon.

Cuando despues de amagar á Florencia el ejército cesareo, se dirigió á Roma, el papa oyó ya los tiros de arcabuz cuando pasaba el muro para refugiarse en el *Sant Angiolo*, «de tal manera, dice un testigo ocular de estos sucesos, que casi por espacio de cuanto se dijeran tres credos ó poco mas, dejaron de tomarle en palacio.»

A su abrigo pudo en aquella terrible ocasion, el sumo pontífice, desafiar algun tiempo las iras de los soldados españoles, aunque esto lo hizo mas bien con promesas y con conciertos, que no con la seguridad que le proporcionaba la fortaleza á la que pusieron cerco los soldados españoles. Sin embargo, durante su estancia en el castillo, padecieron toda clase de temores, pues las tropas de la liga que venian á socorrerles no lograron su intento.

Se conoce á qué triste estado se vió reducido el papa durante esta jornada, leyendo la relacion del cerco de Roma por el canciller Gatinara, en donde se dice: «Hube tanta compasion, señor, de ver al papa y cardenales con todos los que estaban en el castillo, que no fue en mi mano poder detener las lágrimas, porque aunque en la verdad con su mal consejo se lo han buscado y traido con sus manos, es gran dolor de ver esta cabeza de la iglesia universal, tan abatida y destruida.»

Tal ha sido en otros siglos y tal es hoy el magnífico castillo de que venimos hablando. Templo, fortaleza y palacio á la vez participó de todas las ventajas que el buen gusto y el lujo de una época de artistas habia introducido en todos los edificios de la Roma del renacimiento.

Hoy el viajero que busca en esta ciudad algo de aquellos tiempos de grandeza y prosperidad para el papado, se detiene ante la soberbia y magestuosa mole del castillo de *Sant Angiolo*, único asilo que en otros tiempos tuvo en Roma el sucesor de San Pedro, y medita en lo mudable y pasajero de las grandezas humanas. Hoy el *Sant Angiolo no es mas que un monumento digno de admiracion*; creemos que ha pasado para el el tiempo en que podia ser el *baluarte y defensa de Roma*. Al menos cuando el saco de la ciudad eterna por los españoles, el príncipe de Orange amenazó al papa con destruir el último asilo en menos de doce dias. Clemente VII que conoció en medio de su amargura, todo el valor de esta amenaza, se resignó con su suerte y firmó las capitulaciones.

***

EL ULTIMO RECUERDO.

El monasterio de Herbon ha sido siempre mas célebre por lo austero y rígido de la regla á que vivian sujetos los monges de aquella santa casa, que por el mérito artístico de su fábrica. Verdad es tambien que si esta no es tan notable que atraiga hácia el rincon solitario en que se alza, la multitud curiosa y las inteligencias entusiastas por el arte, la naturaleza ha desplegado en torno suyo tal lujo de hermosura que es imposible recorrer aquellos lugares pintorescos, sin admirarlos primero y sin amarlos despues.

Situado en uno de los mas apartados valles que se esconden á las miradas de los que costean la apacible ria de Padron, en una de las mas risueñas hondonadas de aquel valle, todo soledad y aislamiento, se alza como una sombra gigantesca, en medio de aquel mar de hojas y de ramas que intentan cubrirle, como la alta cordillera que le rodea silenciosa, y arroja en torno suyo todas las sombrías armonías de una naturaleza virgen.

El camino tortuoso, medio cubierto de yerba, las aldeas que se estienden á la ventura, bajo el abrigo de los cercanos montes, cuyas peladas crestas baña el sol que nace, la multitud de fuentes, cuyo derrame baja hácia el Ulla y engruesa su corriente, el bosque que rodea el monasterio, el aire de la cercana marina que viene hasta allí con sus frescos perfumes, el mar que deja oir su melancólico rumor, todo, todo hace de este lugar apartado, un encantado paraiso, á quien como hemos dicho ya, se admira primero y se ama despues.

Era á últimos del siglo XV.

Llegaba hasta aquel religioso retiro el rumor de una lucha en que Dios se puso ¡quién conoce lo profundo de sus designios!... del lado de los que no amaban el país que les viera nacer.

Los rayos de un apagado sol de otoño, se quebraban en las ramas casi deshojadas de los árboles del bosque: el silencio de la naturaleza, augusto, que parece convidar á la meditacion y á la melancolía, no era turbado ya por el parlero canto de las aves, á quienes los primeros frios hicieran alejarse de aquellos pintorescos lugares: el rio bajaba con mas rapidez, sonaba entre las guijas y las lluvias de noviembre, hicieron engrosar su corriente, cuyo ruido parecia vibrar en las descarnadas ramas de los robles; todo era silencio, soledad misteriosa, suaves encantos con que la naturaleza convidaba aquella mañana á todos los corazones soñadores, como si intentase sorprenderlos con nuevas y distintas bellezas ignoradas hasta entonces.

Era una mañana hermosa, el viento frio hacia agradable el sol, cuya luz alegre y llena de vida, se tendia por el suelo, cubierto de yerba húmeda, y hacia brillar las gotas de lluvia, suspensas en las hojas tembladoras, é iluminaba graciosamente las nieblas que se iban alejando de la orilla bañada por el rayo matutino.

Habia tanta hermosura en aquel paisaje y en aquella soledad, como nunca habian admirado dos monges que, caidas las capuchas de su hábito de San Francisco, á cuya órden pertenecian, y sumidos al parecer en una rara meditacion, se adelantaban por una de las mas ocultas sendas del bosque, hácia la orilla del Herbon que se deslizaba muellemente haciendo brillar sus ondas cristalinas.

Aprovechémonos de su silencio para dároslos á conocer.

Era el uno jóven, en cuya frente bañada por esa luz particular que parece hija de eternos roedores pensamientos, se ven esas ligeras arrugas, que una sola palabra cariñosa puede deshacer en un momento. Diríase muy bien, que su corazon hecho para las locas espansiones de la pasion, habia tenido que plegarse, y como si desconfiara hasta de sí mismo, como si temiera que él delatara su debilidad, que siendo la fuente de sus dulzuras, no se atrevia á amar por temor al pecado, temiendo que lo que en el era espontaneo, lo que le era querido, fuese para los demás que le rodeaban un mal pensamiento de que tenia que arrepentirse, habia ahogado aquel tesoro de ternura, que rebosaba, sin embargo, y que por lo mismo que se hallaba comprimido, esperaba el momento de romper su cárcel y desbordarse.

Era una de esas almas, que se hacen desgraciadas, que viven atadas al tormento, que se muerden á sí mismas—si se nos permite decirlo así—porque no pueden ser tan felices como ellas se sienten capaces de serlo.—Camine lentemente—dicen—el caballo que no se siente con brios para devorar el espacio en una sola carrera, pero atar al carro en que ellos hacen su curso diario, obligar á que les siga con la misma lentitud, aquel cuyas anchas narices, cuyo pecho nervioso, cuyas piernas aceradas, parecen hechas para no detenerse jamás, para no sentir la fatiga, para amar aquel vértigo, que no le deja conocer límites á su ansiedad, eso es una locura.

De doble edad que el primero, se adelantaba el otro monge, con paso débil y fatigado, encorvado el pecho, inclinada hacia adelante la cabeza y absorto en una meditacion mas profunda que la de su compañero,

En el uno la multitud de pensamientos, su rigor y el resuelto tropel con que se agolpaban á su alma, eran las mas claras señales de que aquel corazon no tuviera tiempo todavía para padecer bastante; en el otro se veia ya el alma agoviada por los años y por el martirio. El uno era el deseo, el otro el remordimiento ¡y los dos padecian!...

En su semblante demacrado, en sus facciones hundidas, en su frente ancha, pero cubierta de hondas arrugas, se conocia que el P. Juan, que así se llamaba en el claustro, habia sufrido, habia devorado en silencio alguna de esas amarguras, que parecen destinadas á romper los corazones mas fuertes. El brillo de sus ojos, la profunda vivacidad de su mirada, delataban al hombre de ingenio, oculto bajo el modesto hábito de lana, y escudado en el olvido de sí propio, contra el olvido de los demas. Habia interpuesto entre él y su pasado las puertas de aquella santa y apartada vivienda. Su nombre, que en el siglo habia sido entre sus contemporáneos un nombre ilustre, estaba ya olvidado de todos cuando él pidió un asilo bajo aquel techo protector.

¿Quién era? ¿de dónde venia? Nadie lo preguntaba allí.

—Soy un pecador, deseo la soledad, para que la oracion endulce el remordimiento de un pasado digno de eterno castigo—habia dicho al entrar.

—¡Seais bien venido!—le respondieron—aquí todos somos pecadores, todos oramos por el perdon de nuestras culpas.

Y habian pasado los años, sin que ninguno de aquellos hombres, intentase conocer el pasado de aquel cuya vida debia haber sido tan llena de vicios, como grande era su virtud desde el momento en que se habia acogido al abrigo del claustro.

Se conocia, al poco tiempo de examinar sus nobles facciones, que en su juventud aquel hombre debia haber sido hermoso. Todavía bajo el modesto hábito se adivinaba la esbeltez de sus formas, y la costumbre de caminar sumido en sus meditaciones no le despojara todavía de esa gracia y soltura en los movimientos que en el siglo habria sido sin duda una de sus dotes materiales mas dignas de envidia.

El llegar cerca de la orilla del Herbon, en un sitio en que el rio ensancha su corriente, y los árboles parecen haberse alejado para dejarle paso, se detuvieron ambos monges, rompiendo al mismo tiempo uno de ellos el largo silencio que habian guardado durante el paseo.

—Hermosa es la mañana—dijo—mirad padre que sereno está el cielo y el agua, y cuántos y cuán suaves ruidos finge el viento que acaricia como nunca esos pobres árboles sin hojas ya. Mirad como la naturaleza se regocija con ese sol que viene á animarla, cómo cantan los pocos pajarillos que han resistido los primeros frios, cómo todo nos convida á alegrarnos, á regocijarnos con ella. No, padre, Dios todo amor y hermosura, no nos habrá echado á la tierra para que pasen nuestros dias, y les amemos solo cuando se han estinguido, solo porque contamos ya con unas cuantas horas de vida menos; no, no pudo arrojar en torno nuestro tantas y tan grandes maravillas para que le admiremos solamente; él habrá querido que el hombre ame lo que él ama, que llene su corazon de amor y de felicidad y de alegría en la contemplacion de todo aquello que él ha vertido á manos llenas sobre el mundo, maravillas de las cuales, la mas pequeña, nos da á conocer nuestra impotencia...

(La conclusion en el próximo número.)

MANUEL MURGUIA.

LAS CACERIAS EN AFRICA.

JULIO GERARD.

(CONCLUSION.)

La noche estaba oscura como boca de lobo; mas sin embargo, se encaminaron, atravesando el bosque á un riachuelo estrecho y profundo, que corre al pié del Jebel-Krunega.

El leon lo atravesaba todas las noches por el único punto vadeable que se conocia.

Gerard decidió esperar á su adversario en el vado.

Los rugidos se oian cada vez mas próximos: el guia del denodado cazador estaba tan conmovido, que apenas tuvo aliento para decirle:—Este es el vado.

Gerard quiso reconocer la posicion; pero era tan densa la oscuridad, que todos sus arbitrios para conseguirlo fueron inútiles. Sin embargo, descendió á tientas hácia el arroyo, buscando con las manos alguna vereda practicada por el transito de caballos ó ganados: mas nada halló.

Era simplemente un vado muy encajonado y profundo, cuyos bordes parecian de difícil acceso. Felizmente encontró en el declive una piedra, empotrada en el terreno, que podia servirle de asiento á orillas del arroyo, y un tanto fuera del vado.

El guia, asustado por la densidad de las tinieblas, no cesaba de aconsejar á Gerard que se retirase por aquella noche; mas sin hacer caso de sus palabras, elegido ya el sitio donde iba á situarse, tomóle la carabina y le despidió.

Esto era precisamente lo que ansiaba el árabe; mas no atreviéndose á atravesar solo el bosque, sumergióse por decirlo así, en una espesura de tenuscos que crecia como á cincuenta pasos de Gerard, despues de haberle recomendado este no moverse, oyese lo que oyese.

Gerard se sentó en la piedra, y espero.

La oscuridad continuaba siendo siempre la misma: reinaba un solemne silencio, interrumpido únicamente por el murmullo de las aguas del arroyo.

De quince en quince minutos, oíase cada vez mas perceptible el rugido del leon; semejante á un trueno que desgarrase la atmosfera, despertando los sonoros ecos dormidos en las montañas vecinas.

Julio Gerard, cerró los ojos y cuando cinco minutos despues volvió á abrirlos, vió un declive casi vertical, formado tal vez por alguna avenida del arroyo, cuyas aguas corrian entonces á mucha menos altura: á su izquierda, casi al alcance de la carabina, estaba el vado por donde debia pasar el rey de las fieras.

Gerard calculó, con esa sangre fria que solo se encuentra en los hombres de ánimo mas esforzado, que si lograba ver y disparar sobre el leon, hiriéndolo grandemente cuando este estuviera en medio del arroyo, podia esperar buen éxito de la campaña.

Serian entonces las nueve de la noche.

De pronto resonó un formidable rugido como á cien metros del campo: Gerard armó su carabina, apoyó el cañon en la rodilla, la culata en el hombro, fija la mirada en el agua y esperó.

Empezaba á parecerle molesta la posicion, cuando sonó en la orilla opuesta, frente por frente de él, un prolongado y sordo suspiro, muy semejante al de un hombre que agoniza.

Frio y tranquilo, á pesar de lo solemne del momento, levantó la vista en aquella direccion y descubrió clavados en él y brillantes como ascuas, los ojos del leon. La fijeza de aquella mirada, que brotaba una claridad pálida que no alumbraba ni aun la cabeza de la fiera, hizo refluir al corazon de Gerard toda la sangre de sus venas.

Pero su pecho, por un esfuerzo supremo de su voluntad, permaneció inalterable. Un momento antes temblaba de frio: en aquel momento el sudor inundaba su frente.

Y es que todo el que no haya contemplado á un leon adulto, en plena libertad, muerto ó vivo, puede creer en la posibilidad de una lucha, cuerpo á cuerpo y con arma blanca, contra el rey de las montañas y de los bosques.

Mas el que como nosotros, le ha visto grande, magnífico, indescriptible, dominando con su mirada las vastas

estensiones del Africa, esparciendo con su rugido el terror en los ánimos mas esforzados, sabe que el hombre es para el leon lo que el indefenso ratoncillo en las uñas del gato.

Gerard, que nunca ha hecho gran caso del puñal, y que poco tiempo despues de la cacería que describimos, lo abandonó completamente, lo sacó en aquella ocasion, y lo clavó en la tierra al alcance de su mano.

Si el leon herido saltaba hasta él, y sus garras no le despedazaban instantáneamente, acaso buscando con la mano la region del corazon ó bien hiriéndolo en los ojos, lograria salir mutilado, pero con vida de aquella lucha.

Los ojos del leon empezaron á descender al mismo tiempo hácia el arroyo, aproximándose á Gerard. Este se despidió mentalmente de los seres que le eran queridos, ofreciéndoles vender cara la vida, y su dedo buscó dulcemente el gatillo.

En aquel momento, ha escrito Julio, me sentia menos conmovido que el leon, cuyas garras tocaban ya al agua.

Oyó su primer paso en el arroyo, cuya corriente era bastante impetuosa; despues, nada...

¿Se habia detenido?

¿Seguia avanzando?

Gerard se dirigia estas preguntas, haciendo inútiles y supremos esfuerzos para penetrar con la mirada el tupido velo negro que le ceñia, que lo ahogaba; cuando de pronto, cree oir á su lado, sobre el lodo de la orilla, el primer paso del leon que salia del agua.

¡En efecto!

Habia pasado el vado y subia dulce y lentamente la pendiente, cuando el movimiento que hizo Gerard, le detuvo.

Distaban uno de otro de cuatro á cinco pasos.

De un solo salto podia la fiera desplomarse sobre su enemigo y despedazarlo.

Es inútil buscar el punto, cuando los ojos no distinguen el cañon de la carabina.

Gerard hizo fuego á cálculo, levantada la cabeza y abiertos los ojos. A la llamarada vió una masa enorme, erizada, sin formas determinadas y un rugido espantoso desgarró el aire.

¡El leon estaba fuera de combate!

A aquel primer rugido se sucedieron unos gemidos sordos, pero amenazadores: la fiera se revolcaba en el lodo, á orillas del arroyo.

Despues reinó el mas profundo silencio.

Gerard, abandonó su puesto; reunióse á su guia y regresó al aduar; mas en toda la noche no pudo conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, sesenta árabes, á pié los unos y los otros á caballo, salieron en persecucion del leon, marchando Gerard con ellos.

En la orilla del arroyo encontraron un hueso como de una pulgada: el leon tenia una pata rota y debia distar poco de aquel sitio.

Descubierto una hora despues por los árabes, hízoles frente y corrió hácia ellos, dando saltos inmensos.

¡Gerard solo le esperó!

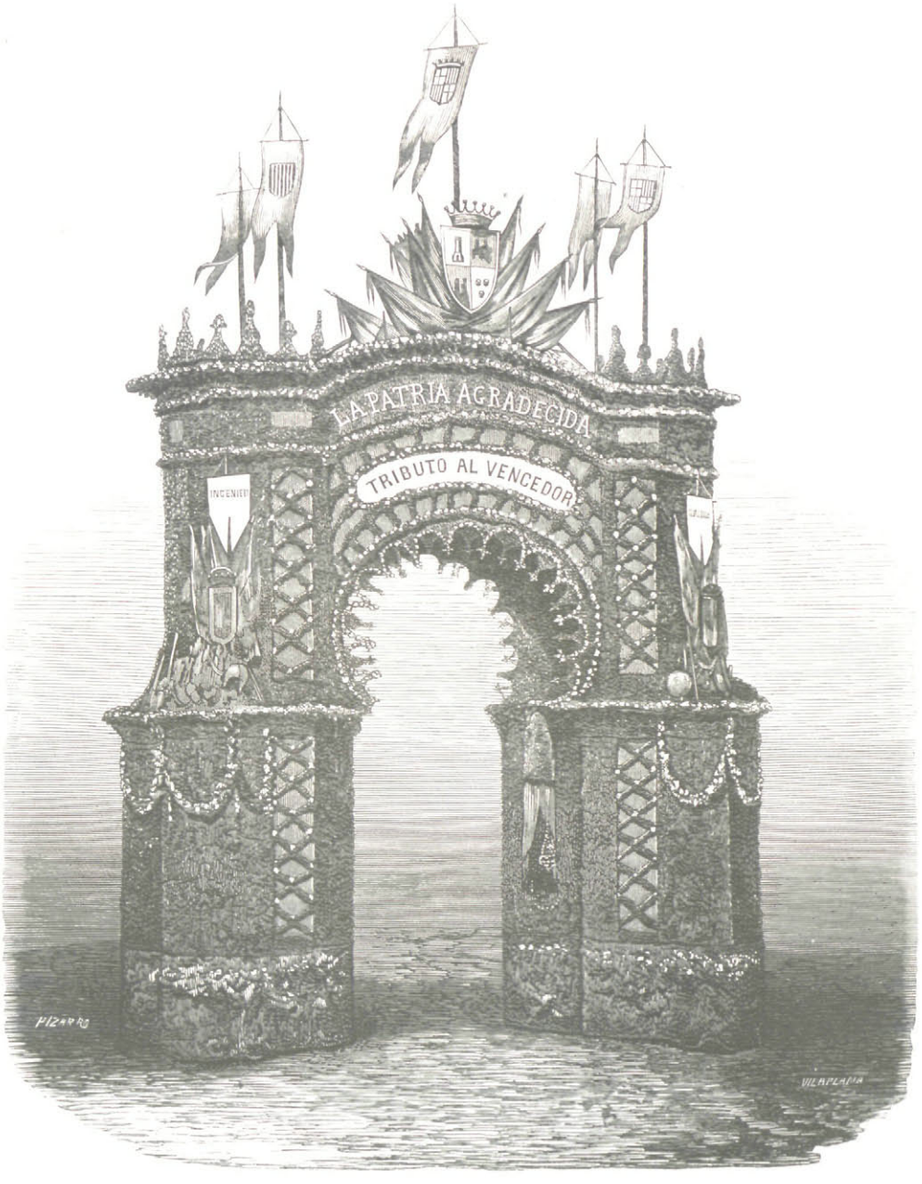
Estaba allí, magnífico, terrible, con la boca abierta, dirigiendo á todos amenazas de muerte, erizada la melena y caida sobre los ojos, estendido el cuello y cerradas las uñas.

Dió un salto de cinco pasos; otro salto y caia sobre Gerard...

Pero este no le dió tiempo.

Cuando la fiera levantaba la cabeza, sintióse herido por una bala, á una pulgada del ojo derecho; y rodó por el suelo.

¡El leon estaba muerto!



ARCO DE TRIUNFO LEVANTADO EN HONOR DEL GENERAL PRIM EN BARCELONA. (DE UNA FOTOGRAFIA DEL SR. BUAUNECH).

Tal fue la primera espedicion de Gerard contra los leones.

Terminaremos esta difusa narracion con el relato de otra de las espediciones de Julio Gerard, que se remonta al mes de febrero de 1850.

Diezmados los ganados de los Uled-Iessi por dos grandes leones que se habian establecido en la vecindad, los árabes recurrieron á Gerard, conocido ya en la Argelia por las muchas atrevidas y siempre venturosas empresas contra los leones.

Gerard, como siempre, acudió al llamamiento.

Un jóven indígena, apenas adolescente, quiso acompañar á nuestro héroe en aquella ocasion. Gerard convino en ello; entrególe su carabina Devisne, y marcho al encuentro de los dos terribles adversarios que se proponia esterminar.

Despues de reconocer el terreno, eligió para situarse la cima de una roca, á la cual se llegaba por gradas sucesivas que parecian labradas por la mano del hombre.

El jóven árabe se sentó dos pasos á la espalda del cazador con órden espresa de este, de no moverse para nada y de entregarle armada la carabina, tan luego como Gerard hubiera disparado los dos cañones de la otra.

Algun tiempo despues aparecieron ambos leones como á cien pasos de la roca.

Uno de ellos descubrió á Gerard, y sin detenerse marchó directamente á él, no curándose al parecer de su compañero.

La fiera, cuyas miradas no se separaban un punto de Gerard, llegó á la primera grada y colocó sobre ella sus garras delanteras.

En aquella mirada tan inquieta y amenazadora á la vez, mostraba tanta cólera y decision, que el intrépido cazador, avezado ya á esta clase de espediciones, comprendió que debia apresurarse.

La situacion era crítica.

¿Qué iba á suceder?

Una de dos cosas: ó el leon quedaba instantáneamente muerto por el primer disparo, ó bien Julio Gerard á despecho de su destreza y de su bravura, antes de que pudiera juzgar del efecto de su disparo, iba á ser derribado de espaldas, cubierto por el leon y despedazado en mil trozos.

Si, á pesar de la impaciencia que brillaba en las miradas de la fiera, tardaba Julio en darle muerte, era muy posible que aquella, dando uno de esos enormes saltos que solo se comprenden teniendo en cuenta la gigantesca fuerza muscular del leon adulto, cayese sobre él y le destrozase antes de que hubiera disparado la carabina.

Felizmente el leon, se detuvo y volvió la cabeza para mirar á su compañero, presentando á Gerard, como blanco, la paletilla derecha.

Sonó el tiro y el leon rodó por el suelo rugiendo: quiso levantarse y volvió á caer.

Tenia rotas ambas paletillas.

Pero el otro leon estaba ya al pié de la roca, apoyando las garras en el segundo de los cuatro escalones, sacudiendo airadamente la cola, levantado y contraido el hocico, erizada la melena, chispeantes los ojos.

Su aliento semejaba el rugido de una tempestad lejana.

Recogíase ya sobre sus acerados jarretes para saltar y caer como una avelancha sobre Julio Gerard, cuando recibió una bala, algo mas arriba de la paletilla

Doblegóse un momento, rugió y de un salto inmenso, se colocó sobre la roca que ocupaba Gerard, á dos pasos de este: el abrasado aliento de la fiera le quemaba el rostro.

Tomar la carabina de las trémulas manos del árabe, apuntarle al leon á la sien, hacer fuego y dejarle muerto como si le hubiese herido un rayo, fue obra de un instante.

Con un segundo de retardo, Gerard y el árabe habrian sido aniquilados, destrozados por el herido y encolerizado leon.

Dióse el golpe de gracia al primer leon, que aun vivia, y poco despues, nuestro héroe fue conducido en triunfo al aduar mas próximo de los Uled-Iessi.

Dígasenos despues de haber leido el capítulo precedente, si es posible ocuparse de las cacerías en el Africa, sin ver aparecer grande, magestuosa y serena, la figura de Julio Gerard, sentado al pié de un lentisco, ceñido por las mas espesas tinieblas, á solas con su carabina, esperando á la mas terrible y poderosa de todas las fieras, para luchar con ella y darle muerte, consumando una proeza que bastaria á glorificar á cualquiera hombre, sin mas testigo que Dios, ni mas ayuda que su corazon de roca, su infalible mirada, su temerario arrojo y una sangre fria sobrenatural.

Por eso hemos creido que le correspondia en nuestro relato un puesto de honor, seguros del que el lector, á pesar de lo desaliñado del estilo, leeria con emocion y vivo interés el relato detallado y completamente verídico, de esas dos notables campañas de Julio Gerard; del invencible cazador que ha dado muerte á mas de sesenta leones, con riesgo de muerte y esponiéndose á ella, no por otro premio que la satisfaccion de ser útil á sus semejantes.

FELIPE CARRASCO DE MOLINA.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GA PAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.